

dad, tan desfavorable para nosotros, nos da incuestionable derecho.

• Si los trabajos del hombre se asemejaren á los del póli-po ó del infusorio, justo fuera sin duda (dice el sábio alemán Oron Ulé) que le subiera á la cara el rubor, al considerar la pequeñez de sus obras; pero como que lejos de ser así, tienen por objeto la ciencia, justo tambien parece que se lisonjee cada uno, de haber concurrido á esta gran fábrica, aunque solo fuere con una insignificante piedrecilla. Tal es tambien nuestra opinion y la causa única de este trabajo.

## PRIMERA PARTE.

### EXÁMEN CRÍTICO DEL SISTEMA MÉTRICO FRANCÉS.

¿Llena el sistema métrico francés las altas condiciones de perfecta universalidad y rigor científico que se le atribuyen? ¿Es posible otro mas perfecto?

Tales son las cuestiones que nos proponemos resolver en este breve exámen.

Procurarémos hacerlo en las menores palabras posibles, á fin de no abusar de la deferente paciencia del lector.

Entremos, pues, en el asunto.

Para que un sistema de mensuración se funde en principios razonables, y su base fundamental y prototípica no pueda perderse jamás, debe esta tomarse necesariamente en la naturaleza misma; bien sea en el cuerpo humano, bien en la longitud del péndulo que bate segundos sexagesimales en una longitud dada, ó en las dimensiones de Globo.

En el caso primero se encuentra el antiguo codo egipcio; (1) en el segundo la yarda inglesa, en el tercero el metro francés.

Cualquiera de estas bases, sometida á una división regular y metódica, invariable y fija, bien fuere decimal, duodecimal, cuartaria, sextaria, octavaria, etc., producirá seguramente sistemas de forma mas ó menos cómodas, que con aplicación á las necesidades ordinarias de la vida, nada dejen que desear; mas, si por el contrario, la base es hija del capricho, y las divisiones constituyentes de las unidades secundarias, múltiples ó submúltiplas, no siguen ninguna constante progresión, como sucede, por ejemplo, al peso castellano, cuya tonelada tiene veinte quintales; el quintal cuatro arrobas; la arroba veinticinco libras; la libra dos marcos; el marco ocho onzas; la onza diez y seis adarmes, el adarme tres tomines, y el tomin doce granos, sin que en tan larga serie haya dos progresiones iguales, y sin que se conozca el origen de la unidad fundamental, ni siquiera cuál puede esta ser, entonces el sistema es absurdo y bárbaro hasta donde cabe serlo; y aun cuando en realidad esto no acarree perjuicio en la parte puramente práctica de las transacciones, tiene el inconveniente de hacer la contabilidad enojosa, y casi imposibles algunas veces los cálculos mentales.

Sin embargo, el mayor y verdadero mal, no está de modo alguno en semejante monstruosa anomalía; sino en que al sistema, bueno ó malo, reconocido como oficial en cada país, añadan sus provincias, y hasta sus villorrios y barriadas, otros pesos y medidas locales, creados por compradores y vendedores, que aumentando el desorden, el baturrillo y el desbarajuste métrico de una manera inconcebible, escandalosa y hasta inmoral, lleven á todas partes

(1) Y tambien el plé, si hubiéramos de juzgar por el nombre y las dimensiones, pero no es así, segun se verá.

la desconfianza y la confusión, por cuanto en todas partes lo autoriza y reconoce la ley.

Este mal, hoy todavía tan grave en casi todas las naciones inclusa la Francia, (1) lo era incomparablemente mayor á principios del último siglo, en que llegó su arreglo á ser una necesidad imperiosa y urgente, no menos en obsequio de la justicia y de la equidad, menospreciadas á todas horas en los almacenes y en los mercados por tales elementos de fraude, como de la moralidad pública y del comercio de buena fé.

Bastaba, sin disputa, para llegar á esta utilísima reforma, el que cada país hubiese regularizado su sistema oficial, prohibiendo severamente el uso de los no reconocidos por la ley; y tal hubiera sido en cualquier otra época el proceder de las naciones, segun las circunstancias hubieran ido permitiéndoselo; pero dominada la Francia en la embriaguez de su revolución social y política, exaltada entonces por la arrogante idea de llevar á todos los extremos del mundo el influjo de sus doctrinas, soñó el cosmopolitismo, y entre los varios medios de propaganda universal escogidos por sus prohombres, se contó la adopción de un sistema métrico basado en las dimensiones del globo terrestre, y estensivo á todas las naciones de la tierra.

Entonces vió la luz el sistema métrico francés, saludado por el espíritu de novedad como un monumento incomparable de perfección, y como una especie de lazo mágico que habria de reunir en un solo pueblo á todos los pueblos del globo.

La naturaleza de su base prototípica, la sistemática y simétrica regularidad de su forma, el rigor severo de sus progresiones decimales, y la singularidad de sus nombres bárbaro-greco-latinos (2), deslumbraron tantos ojos, sedujeron tantos ánimos y perturbaron tantas cabezas, que, casi sin oposicion alguna, fué considerada en toda Europa como la obra sublime del génio. Sin embargo, al entusias-

(1) Decimos inclusa la Francia, por cuanto á pesar de la existencia del nuevo sistema métrico durante tantos años, aun continúa el uso de muchas unidades del sistema antiguo, no solo en el interior de los departamentos, sino hasta en las capitales mismas, á ciencia y paciencia de los ministros de la ley. Es decir, que se disimula y tolera.

(2) Habla el Hmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, distinguido helénista, é individuo de número de la Real Academia de la lengua.

«Metro no significa otra cosa que medida, y por lo tanto ninguna necesidad habia de tal voz griega para el uso común, y está, dejando á un lado que metro significa etimológicamente una medida cualquiera, y aqui se le hace significar una medida determinada de longitud. Pasemos tambien por esta novedad y vamos adelante. Mil metros hace un kilómetro; mas, en primer lugar, esta voz debe escribirse ortográficamente con ch, y pronunciarlo chilómetro, a la manera que se dijo siempre, y decimos ahora chillada por millar, y chillarca por jefe de mil soldados; pues mil, en griego, es chilolil y no kilos. ¿Sabéis lo que significa en griego: dialecto dórico) escrito con k, (kappa del cual hizo cillus (killos) el latín? Pues significa asno, nonuco; y cuando decimos que de tal punto á tal otro hay tantos kilómetros, decimos una cosa muy parecida á tantas monedas de veneno!—Kilogramo debe ser; por la misma razon, chilígramo. Mirímetro es otro barbarismo, porque no hay en griego ningun compuesto que emplee por miria, si el segundo elemento juxtapuesto no principia con a. Debia, pues, decirse mirímetro como se dice miriocarpo por mil semillas, y miriópodo por mil pies.—Hectómetro, palabra á la cual se hace significar cien metros, es tambien un barbarismo imperdonable, porque ciento es hecaton, y la contracción forzada de esta voz en hecton, no solo la desfigura, sino que la hace pasar á significar sexto. La verdadera forma para decir cien metros, es hecatonidmetro, voz larga y aun enrevesada si se quiere; pero cuando un innovador pretende echarla de helénista, no hay mas remedio que seguir la analogia y las formas compositivas de la lengua griega, so pena de caer en la ridiculez de formar un griego especial ó ad hoc. Decímetro, centímetro, milímetro, etc., son voces mestizas ó híbridas, es decir, compuestas de elementos de diferentes lenguas, cuando tan natural y llano era vaterse exclusivamente de elementos latinos, ó de elementos griegos. No solo esto, sino que el mas humilde preceptor de Humanidades, advierte que en la composición se ha trocado el sentido legitimo. Centímetrum, en latín, no significa una centésima parte de metro, sino cien metros, ó medidas, como bifronte, trifolio, cuadrifloro, miliforme, etc., significan dos frentes, tres hojas, cuatro años, mil formas, etc., y no una mitad de frente, una tercera parte de hoja, una cuarta parte del año, ó una milésima parte de forma. Por manera que á los di-